

A través de un vidrio esfumado

Me gusta que Nahima vaya forjando su versión de las cosas. Me gusta que señale el monumento a la bandera y diga Ico. Que nunca quiera sentarse en ese banco de piedra, me gusta, porque lo ve y lo reconoce, es ése, no otro. Retrocede y se abraza a mis piernas: imita el sonido del lavarropas que, cuando centrifuga, la asusta. Me divierte que al policía de guardia los jueves le diga Babáu. Al perro policía le dice nene y otras veces (pero esto no me divierte), dice nene o nena señalando al vacío. Bajo la sombra del cartel municipal, se queda ensimismada. Una flecha roja ordena el sentido antihorario como sentido correcto de circulación.

Me tranquiliza que Nahima vaya tomando nota de estas cosas. La gente del Partido, en ese sentido —valga la redundancia— es muy obediente. El problema son los extranjeros. Ellos vienen a nuestra plaza, exclusivamente, a caminar en dirección horaria. Es entendible o yo los entiendo. A la plaza van chicas y muchachos muy lindos y circular en sentido inverso es la única posibilidad de ver la cara de alguien, cruzar un saludo, pedir y que te den un número de teléfono. Hubo parejas que se formaron así, intercambiando datos a mitad de la plaza. Varios días de varios encuentros a contramano les llevó conocerse los nombres, las edades, las ocupaciones. Hasta que uno, al fin, decía: ¿Querés salir conmigo?, y en la vuelta siguiente el otro sonreía y decía Sí, y en la siguiente el otro decía En aquel bar, y en la siguiente el otro decía Dale, y entonces cruzaban la calle y se sentaban a una mesa y pedían algo para tomar. Así conocí a mi mujer. La extranjera en sentido horario fue ella. Yo soy nativo, igual que Nahima, y yo dije Sí, y yo dije Dale.